

Ludolingüística médica*

Enrique Saldaña**

Resumen

Esta obra trata de los aspectos lúdicos de la terminología médica. Su primera sección («El tamaño sí importa»), rica en curiosidades, agrupa y cataloga las más singulares palabras médicas del *Diccionario* de la Real Academia Española de la Lengua: las más largas, las más cortas, las primeras, las últimas, las monovocálicas, pentavocálicas o monoconsonánticas, y las que poseen más vocales o consonantes seguidas. Su segunda sección («Según cómo suene») nos acerca a términos médicos parónimos y a aquellos con dos o con tres formas prosódicas.

En la segunda mitad de la obra, los vocablos médicos construyen un discurso inesperado. Partiendo de las «Visiones de simetría», en las que se analizan voces palindrómicas y bifrontes, las palabras guían al lector a través de un «Tótem revolútm», un universo verbal imaginario en el que los anagramas y los sinónimos constituyen la clave para una serie de reflexiones sobre la naturaleza humana.

Introducción

Nadie lo discute: la terminología médica resulta singular. Ora como creencia, ora como ciencia, la medicina ha acompañado al hombre desde que éste existe, y esta antigüedad ha propiciado la creación de un lenguaje específico que ha absorbido durante siglos las voces, las normas y las modas imperantes en cada época. Si las ciencias avanzan que es una barbaridad, la medicina se muestra tan bárbara como la que más. Ciencia fértil como ninguna, la medicina ha engendrado y parido casi tantas ciencias como partes y funciones corporales, y con cada una de ellas ha brotado un lenguaje propio, hermano siamés del lenguaje médico compartido. Cada nueva disciplina nace con nuevas voces, formadas unas con reglas históricas más o menos comprensibles, y otras con la fuerza del neologismo descarnado [1]. Por ello, cualquier texto médico español aparece plagado de raíces grecolatinas, árabes, francesas, alemanas y, en las obras recientes, inglesas. A nadie debe sorprender la multiplicidad de términos médicos. Si la última edición del *Diccionario de la lengua española* [2], de la Real Academia Española, contiene cerca de 90 000 entradas, pertenecientes, lógicamente, a todos los ámbitos del idioma, cualquier diccionario terminológico exclusivamente médico puede alcanzar las 100 000 voces. Constituye, pues, una realidad que el lenguaje médico es amplísimo; y también que se trata de un lenguaje complejo.

La complejidad formal y la amplitud del lenguaje médico siempre han asustado a la sociedad, que se enfrenta a una paradoja. Por una parte, la certeza de la enfermedad y de la

muerte lleva al individuo a percibir la medicina como algo propio, personal. Que hemos de enfermar, que hemos de morir, nos consta a todos. Ya lo dijo Laín Entralgo: «No hay jóvenes y viejos, sino jóvenes y enfermos». Pero frente a esta proximidad, el lenguaje médico le resulta no sólo inabarcable, sino casi siempre incomprensible. ¡Con cuánta razón el pueblo llano critica al profesional de la medicina, que no sabe —o no quiere, que es aún peor— hacerse entender y suelta lo que su interlocutor percibe como un palabro tras otro! La sociedad ha tenido siempre presente el lenguaje médico y se ha referido a él con respeto o con desprecio, con familiaridad o con asombro en función de las circunstancias de cada momento histórico. El refranero español ofrece buenos ejemplos de esta preocupación. Con la frase «No creas que porque el médico sabe cómo se llama tu enfermedad, sabe de qué se trata», se alude a la extraordinaria capacidad del profesional sanador para emplear términos ininteligibles y a la desproporción entre esta capacidad lingüística y su poder curador real. En la misma dirección dispara el refrán que afirma que «El médico ha de ser experimentado y sesudo, y además mudo», dejando así claro que lo importante de la profesión médica no es la verborrea, sino la curación basada en la práctica y en la preparación intelectual. Esta misma convicción debió de ser la que llevó a Enrique Jardiel Poncela a expresar con crudeza que «La medicina es el arte de acompañar al sepulcro con palabras griegas».

La proximidad con la que la sociedad siente todo lo relacionado con la medicina se refleja también en frases ingeniosas y acertijos infantiles, en los que se juega con el doble sentido de términos médicos. Veamos dos ejemplos:

Los libros de medicina no deberían tener apéndice.

¿Por qué los hospitales tienen sacerdote? Para que los enfermos tengan cura.

Objetivo

Este texto representa el tímido acercamiento de un humilde neurocientífico al mundo de la terminología médica. Con él no pretendo realizar un análisis técnico sobre el lenguaje científico: no me siento capacitado para ello y quienes sí lo están ya han escrito múltiples obras en este y en otros libros. Sólo quiero jugar con palabras, hacer que gire una vez más el engranaje que, como sutil mecanismo de defensa, nos lleva de la amenaza que nos preocupa al juego que nos conforta.

Yo voy a intentar que las palabras se transformen en protagonistas de un discurso ameno, entretenido, lúdico. Y aho-

* Ponencia presentada por el autor en el curso extraordinario *Aproximaciones al lenguaje de la ciencia*, celebrado en Salamanca (España) en octubre del 2002. Todas las ponencias presentadas en dicho curso se han recopilado en: Gutiérrez Rodilla BM. dir. *Aproximaciones al lenguaje de la ciencia*. Burgos: Instituto Castellano y Leonés de la Lengua; 2003.

** Facultad de Medicina, Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: saldana@usal.es.

ra que acabo de escribir el adjetivo *lúdico*, me doy cuenta de que esta palabra puede servirnos como ofrenda para nuestro rito de iniciación ludolingüística. Decía que aspiro a construir un discurso *lúdico*, con su connotación de juego e informalidad. Si tomamos la palabra *lúdico*, eliminamos la tilde e invertimos el orden las consonantes *d* y *c*, obtenemos la palabra *lucido*, que nos evoca imágenes de brillantez y esplendor. ¡Ya me gustaría a mí que este opúsculo a algún lector le pareciera lucido, además de lúdico! Y si a lucido le reponemos la tilde de la *u*, obtenemos otra palabra con sentido: *lúcido*. En este punto, agacho la cabeza y reconozco con modestia mis limitaciones. Y es que si ya se me antoja demasiado ambicioso escribir unos párrafos lúdicos y lucidos, parece demasiado ambicioso que sean también lúcidos. Pero como es poco lo que arriesgo, porque con el lenguaje todo —o casi todo— es posible, levanto la vista al frente y voy a intentarlo. Después de todo, se trata tan sólo de un entretenimiento en el que nadie tiene que demostrar nada. No persigo vencer, ni siquiera convencer... O quizá sí. Estoy pensando que hacia el final de este relato trataré de convencerte, lector, de una o dos ideas, y confío en que no opongas resistencia. De todos modos, no te inquietes, que no intentaré hacerme comulgar con ruedas de molino.

Antes de que sigas leyendo, debes saber que el texto al que te enfrentas consta de dos secciones muy distintas. Los primeros dos tercios son más bien descriptivos y constituyen una pequeña colección de términos, un catálogo parcial de los criterios que pueden llevar a cualquier enamorado de la palabra a querer coleccionar voces concretas. El tercio final es más creativo, tal vez incluso sorprendente, pero no por mérito o sensibilidad míos, sino porque he dejado a las propias palabras tomar la iniciativa. Soy consciente de que se trata de un ejercicio imprudente. Y si no me crees, lee hasta el final y te convencerás de que las palabras, y sólo ellas, no yo, podrán sorberte el cerebro.

Reglas

Como buen científico, sé que debo describir con precisión y detalle suficientes los métodos empleados para elaborar esta obra, es decir, las reglas de mi juego. Con ello, cualquier lector quedará en condiciones de valorar, interpretar, juzgar y criticar cuanto yo diga y, más aún, podrá repetir, aumentar y mejorar mi labor.

Para este trabajo, he utilizado muy pocas herramientas. La principal, sin ninguna duda, es el *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española, al que desde ahora me voy a referir con la habitual abreviatura *DRAE*. Cuando empecé a jugar mi juego, la edición más moderna era la vigésima primera [3], publicada en 1992 (*DRAE* 1992). Hace aproximadamente dos años se publicó la vigésima segunda edición [2] (*DRAE* 2001), que introdujo sustanciales cambios cuantitativos y cualitativos respecto a la anterior. A pesar de que he adaptado la mayor parte de mis divertimentos lingüísticos a la nueva edición, aún no he logrado ponerme totalmente al día, por lo que no es descartable que algún lector exigente compruebe que tal o cual afirmación mía no se cumple con el *DRAE* 2001 en la mano. Pido indulgencia para tales casos.

Hace apenas unos meses, con la mayor parte de esta obra ya esbozada, tuve conocimiento de un interesantísimo escaparate internético [4] creado y actualizado por Víctor Carbajo, prolífico ludolingüista creador de frases palindrómicas. En sus páginas, a las que se accede con la dirección <www.carbajo.net/palabras.html>, se recogen múltiples relaciones de palabras del *DRAE* 1992 agrupadas según curiosos criterios formales. Confieso agradecido que el trabajo desarrollado por Víctor Carbajo ha simplificado mi tarea y me ha servido en no pocas ocasiones de inspiración.

Con escasas excepciones, que iré haciendo notar, todas las palabras que he usado para mis juegos están incluidas en el *DRAE*. He evitado intencionadamente acudir a las decenas de miles de palabras recopiladas en tratados y diccionarios especializados pero no en el *DRAE*. También he procurado prescindir de formas derivadas, tiempos verbales y plurales, aunque al final alguno ha encontrado cobijo en estas páginas. Por ceñirme a palabras que existen «oficialmente», no hay sitio en mi exposición para las palabras inventadas ni para los artificios de creación o de adición. Tampoco me referiré a juegos enigmáticos y cabalísticos, más propios de otros foros y circunstancias espaciotemporales.¹

He tratado de emplear en mis juegos sólo palabras médicas. Como el *DRAE* no aclara qué vocablos lo son, no me ha quedado más remedio que seguir mis propios criterios. En el caso de que haya quien los considere demasiado laxos o demasiado estrictos, sólo puedo exonerarme recordando que nos hallamos ante un juego, sin más pretensión.

A fin de facilitar la lectura de esta obra, la he estructurado en cuatro partes:

- I. El tamaño sí importa
- II. Según cómo suene
- III. Visiones de simetría
- IV. Tótum revolútum.

I. El tamaño sí importa

Bajo este epígrafe de título tan sugerente, y seguramente discutible, he recogido palabras especiales. Se trata de términos que cualquier coleccionista de palabras tratará de atesorar: voces campeonas, aquellas que constituyen prodigios o rarezas siguiendo un criterio determinado.

Quizá el primer criterio en el que uno tendería a fijarse para seleccionar elementos, el más obvio, es el tamaño. Después de todo, si se celebran concursos para determinar quién ha cultivado la calabaza más grande o quién salta más lejos, bien pueden competir las palabras médicas por ser la más larga o la más breve, o la que posee más consonantes seguidas.

I.A. Las más largas

Posiblemente, la mejor expresión de la complejidad formal de muchas palabras médicas es su extraordinaria longitud, basada con frecuencia en fenómenos de composición de elementos nominales o nominales y verbales. En alguna ocasión he pedido a amigos y conocidos que adivinaran la palabra más larga del diccionario. Mi sondeo nada científico reveló una llamativa coincidencia en las respuestas, ya que más de la mitad

de los encuestados contestaron que debía de ser *esternocleidomastoideo* (impresionante término anatómico de veintidós letras). Todos manifestaron después su extrañeza al oír que esternocleidomastoideo no figuraba en el *DRAE* 1992, porque, según ellos, esta palabra-trabalenguas forma parte de la cultura popular. Ignoro si la Academia oyó sus quejas, pero el caso es que en el *DRAE* 2001 incluyó por primera vez el vocablo que designa este famoso músculo, que queda así incorporado oficialmente a la aristocracia terminológica médica.

De las aproximadamente veinticinco palabras con veinte o más letras incluidas en el *DRAE* 2001,² nueve son de tema médico. Cinco de ellas tienen que ver con una misma técnica diagnóstica: *electroencefalograma* (20 letras), *electroencefalógrafo* (20), *electroencefalografía* (21), *electroencefalográfico* (22) y *electroencefalografista* (que, con sus 23 letras, es la palabra más larga del diccionario). Las otras cuatro voces médicas muy largas son *otorrinolaringología* (20), *seudohermafroditismo* (20), *desoxirribonucleótido* (21) y el mencionado *esternocleidomastoideo* (22).

En el *DRAE* hay decenas y decenas de voces médicas de más de quince letras, cuya enumeración resultaría excesiva. A modo de pequeñísimo ejemplo, podemos citar términos tan distintos fonéticamente y conceptualmente como *desmineralización* (17), *inmunodeficiencia* (17), *arteriosclerótico* (17), *farmacopsiquiatría* (18), *fibrocartilaginoso* (18), *fotosensibilizador* (18) o *neuroendocrinología* (19).

Quizá alguien piense que con el electroencefalografista se agota el potencial de longitud de los términos médicos. Que no se llame a engaño. La capacidad de las raíces médicas para aponerse formando voces cada vez más largas parece ilimitada. Así lo atestiguan los siguientes ejemplos, que no aparecen en el *DRAE* pero sí en cualquier diccionario médico: *poiquilodermatomiositis* (23), *antihipercolesterolémico* (24), *auriculoverniculostomía* (24) o *polioencefalomeningomielitis* (28).

I.B. Las más breves

El español no se distingue precisamente por la brevedad de sus palabras. Somos dueños de un idioma muy rico, pero en las ocasiones en las que la concisión manda uno se acuerda de los idiomas repletos de monosílabos capaces de transmitir pensamientos completos.

No se me ocurre ninguna palabra de una sola letra que pueda guardar relación con la medicina, como no sea, claro está, el símbolo de algún elemento químico esencial para la vida, como el carbono, el nitrógeno, el fósforo o el oxígeno.³ Tales símbolos aparecen en el *DRAE* 2001, entre paréntesis, al final de la acepción correspondiente, pero no son objeto de una entrada propia, por lo que no voy a concederles mayor validez.

Tampoco abundan las voces de dos letras, y menos aún las pertinentes para nuestros fines. La palabra *fe* aparece como un ejemplo límite. No la utilizaría en este contexto si no fuera porque el *DRAE* 2001, en su cuarta acepción, la define como «Confianza, buen concepto que se tiene de alguien o algo», e ilustra esta definición con el siguiente ejemplo: «Tener fe en el médico». Algo más palpable es el caso de *té*, voz con la que se designa al arbusto con cuyas hojas se prepara la infusión del mismo nombre. Dicen que el té contiene cafeína

y otras sustancias estimulantes, y debe de ser verdad cuando lo primero que muchos médicos proscriben, después de haber prohibido el tabaco, el alcohol y el café, es precisamente el té. También tiene dos letras la palabra *yo*, que, además de ser un pronombre personal, es un término de innegables connotaciones freudianas con el que aludimos a la parte consciente de la personalidad. Y no debo omitir uno de los verbos más empleados y polisémicos de nuestro idioma: *ir*. Entre sus casi cuarenta acepciones, el *DRAE* 2001 le atribuye dos que nos atañen: la trigésima primera recoge la forma pronominal *irse* con el significado de morirse o estarse muriendo («Se nos va»), y la trigésima séptima otorga a esta misma forma pronominal el sentido de ventosear o hacer sus necesidades involuntariamente («Se fue por las patas abajo»).

De las más de 11 000 nuevas entradas con las que se ha enriquecido el *DRAE* 2001, hay al menos dos que nos vienen que ni pintadas. Curiosamente, en ambos casos se trata de siglas. Con la sigla *pH* se abrevia el ‘potencial de hidrógeno’, magnitud química útil para expresar el grado de alcalinidad o acidez de una solución. El pH es una de las constantes vitales más sensibles, y sus desviaciones de la normalidad, llamadas alcalosis y acidosis, comprometen seriamente el estado de salud. Por su parte, *Rh* es la sigla del famoso ‘factor Rh’. Se trata de una proteína de la membrana de los hematíes cuya presencia es causa tanto de incompatibilidad en transfusiones sanguíneas como de la temible eritroblastosis fetal o enfermedad hemolítica del recién nacido. La sigla Rh proviene de Rhesus, ya que las investigaciones que llevaron al médico austriaco y estadounidense Karl Landsteiner (1868-1943) al descubrimiento del factor Rh se realizaron con monos Rhesus o macacos Rhesus, especie cuyo nombre científico es *Macaca mulatta*. La palabra Rhesus es en realidad un nombre propio, pues según la tradición griega así se llamaba un rey tracio que combatió en la Guerra de Troya a favor de los troyanos.

El *DRAE* 2001 contiene también algunos acrónimos de tres letras que debemos incorporar a nuestra colección. Los ejemplos más claros son *ARN* y *ADN*, acrónimos de los dos ácidos nucleicos principales: el ácido ribonucleico y el ácido desoxirribonucleico. Interesante resulta también la palabra *tac*, a la que el diccionario dedica dos entradas. La primera la identifica como un sonido onomatopéyico que imita a ciertos ruidos acompasados y repetitivos, como el latido del corazón. La segunda la describe como acrónimo de tomografía axial computarizada, técnica diagnóstica de nombre controvertido.⁴ Lo que llama la atención es que, a diferencia de otros muchos acrónimos, éste aparezca en el diccionario con minúsculas, cuando lo habitual en los textos médicos es escribirlo con mayúsculas.

Dejando de lado las siglas y los acrónimos, podemos hallar otras palabras de tres letras en el diccionario y agruparlas en múltiples categorías:

- Estructuras anatómicas: *ala*, *ano*, *asa*, *eje*, *faz*, *haz*, *hoz*, *luz* [de un órgano hueco], *ojo*, *par* [craneal], *pie*, *red*, *tez*, *uña*, *vía*.
- Componentes moleculares o atómicos de la materia viva: *gas*, *gel*, *gen*, *ión* (o *ion*), *sal*.

- Funciones corporales, como la fonación (*voz*), la hidratación (*sed*), la micción (*pis*), la menstruación (*mes*) o la propia vida (*ser*).
- Conceptos psicológicos o psiquiátricos: *ego*.
- Principios científicos: *eco*, *ley*.
- Unidades de medida: *rad* (que es la dosis absorbida de radiación ionizante).
- Términos que nos hablan de la enfermedad: *mal*, *pus*, *tic*, *tos*.

Al mencionar la tos, me ha venido a la memoria un ingenioso opúsculo titulado *El diccionario secreto de la tos* [9], escrito por J. C. Gil-Delgado López y —supongo— editado por la compañía farmacéutica Pharmazam, del Grupo Zambon, S. A., como propaganda para una de sus especialidades farmacéuticas, el antitusígeno Flutox.⁵ En esta obra el autor realiza un interesante ejercicio ludolingüístico: toma aproximadamente trescientas palabras existentes terminadas en *-tos* y reinventa su significado. Esto le lleva a crear definiciones tan inesperadas como las reflejadas en la tabla I.

ACIERTOS: Cuando tosen, no se equivocan.
ALFABETOS: Para ellos este diccionario no es un secreto: lo saben todo sobre la tos.
APARATOS: Tosen de forma mecánica.
ATOS: Primer mosquetero que tosió.
BOLETOS: Tienen todas las papeletas para toser.
BUSTOS: Tosen siempre que cogen el autobús.
CASTOS: Nunca tosen en pareja.
CEGATOS: ¡No veas cómo tosen!
CRÉDITOS: La tos les ha hipotecado la vida.
EJÉRCITOS: Tienen una tos invasiva.
EXENTOS: Por suerte, se libran de la tos.
HIDRATOS: Curiosamente, la tos les hidrata.
HUERTOS: Hay que tener cuidado con ellos. Siempre te quieren llevar allí, dicen que para toser juntos.
INFARTOS: Tosen de todo corazón.
INSECTOS: Tienen una tos mosqueante.
MANDAMIENTOS: Tosen como Dios manda.
MANTOS: En inglés, un hombre que tose.
OMOPLATOS: Tos alérgica que se produce al usar una determinada marca de lavavajillas.
PATRONATOS: Tos de la que manda en la pensión.
RETOS: Tosen dos veces.
TORMENTOS: Tosen a la velocidad del rayo.
TRASTOS: Después de la tos.
TRATAMIENTOS: Gente mentirosa que dice que te va a tratar la tos y luego van y te dan un remedio.
TUERTOS: Cuando tosen, cierran un ojo.

Tabla I. Definiciones tomadas de *El diccionario secreto de la tos*, de Gil-Delgado López.

I.C. Las primeras

La noción de enfermedad aparece ya en la primera página del *DRAE* 2001. Su 9.^a entrada (que sería en realidad la 5.^a si

descontáramos las cuatro entradas dedicadas a los distintos usos y significados de la letra *a*) define *ababillarse* como el hecho de «enfermar de la babilla un animal». La babilla es la región de los cuartos traseros de los cuadrúpedos en la que el fémur se articula con la tibia y la rótula; corresponde, por tanto, a la articulación de la rodilla humana. El líquido sinovial de la babilla es especialmente abundante y de aspecto parecido al de la baba, de ahí su nombre. En cualquier caso, *ababillarse*, término usado fundamentalmente en algunas regiones de Chile, hace referencia a un problema veterinario y se aleja, en consecuencia, del hilo de mi discurso, que pretende centrarse en la medicina como ciencia que se ocupa del hombre.

Inmediatamente detrás de *ababillarse*, en la 10.^a posición, encontramos *ababol*, palabra con la que en ciertas regiones de la península Ibérica se denomina a la amapola. La traigo aquí a colación por dos razones. La primera es que la amapola (*Papaver rhoeas*) es considerada por muchos una planta medicinal. Posee, en efecto, determinados alcaloides a los que cabe atribuir sus propiedades antitusígenas, sedantes y espasmolíticas, aunque sus efectos son siempre muy moderados. No en vano el *DRAE* le atribuye propiedades salutíferas al calificarla como planta «sudorífica y algo calmante». La segunda razón para que nos ocupemos del *ababol* es que se trata de una planta prima hermana de la *Papaver somniferum*, la conocida adormidera de cuyo látex se extrae el opio. Nadie cuestionará la importancia médica del opio, cuyo rostro hermoso es la acción beneficiosa, casi salvífica, de algunos de sus alcaloides, como la morfina o la codeína, y cuyo rostro diabólico es la adicción creada por el propio opio⁶ o por uno de sus derivados semisintéticos, la heroína.

La amapola y el *ababol* poseen otro sinónimo, *ababa*, que ocupa el 8.^o lugar en las entradas del *DRAE*. Se trata, por lo tanto, de la primera palabra del idioma español que guarda relación con la medicina. Y por si esto no bastara, el vocablo *ababa* reúne otras tres singularidades de excepcional mérito ludolingüístico: nos hallamos ante una palabra monovocálica (posee tres *aes*, pero ninguna otra vocal), monoconsonántica (sólo contiene una consonante, la *b*, que aparece dos veces) y palindrómica (puede leerse de derecha a izquierda o de izquierda a derecha).

Después del *ababol*, es necesario saltar un par de páginas del *DRAE* 2001 hasta llegar a *abdomen*, la siguiente voz de relevancia médica. Ocupa el puesto 168.^o del diccionario y, por común, no requiere mayor comentario.

I.D. Las últimas

Si entre las primeras entradas del *DRAE* figuran varias relacionadas con la medicina, algo parecido sucede al empezar a leer el diccionario por el final. Las entradas 12.^a y 13.^a comenzando por la cola son *zurujano* y *zurugía*, en las que no resulta difícil reconocer al cirujano y la cirugía actuales. Confieso que nunca antes me había topado con las formas *zurujano* y *zurugía*. y no es extraño, no sólo porque yo no sea un experto en lenguaje médico, sino porque el *DRAE* las recoge como voces desusadas. ¡Y tan desusadas! La expresión *zurujano* figuró en el *Diccionario de Autoridades* [10], cuyo volumen dedicado a las letras S a Z se publicó en 1739, y ya entonces se le asignó

la siguiente definición: «Lo mismo que Cirujano, y así se decía en lo antiguo». La voz *zurugía* entró por primera vez en un diccionario académico en la edición de 1869 [11] y en ella también se refleja su carácter anticuado. Desde entonces, todas las ediciones del *DRAE* han incluido ambas voces, seguidas siempre de la abreviatura *ant.*, de anticuado, o *desus.*, de desusado. Si ya en el siglo XVIII los términos *zurujano* y *zurugía* se consideraban arcaísmos, es lógico asumir que prácticamente nadie ha vuelto a utilizarlos desde hace cientos de años. Ahora que la Academia dispone de un eficaz *Tesoro lexicográfico*, uno no puede evitar preguntarse si no habrá llegado ya el momento de que estas dos voces arcaicas se jubilen definitivamente del Diccionario usual para ocupar el sitio que les corresponde en los diccionarios históricos.

Un poco por encima de *zurugía*, en la posición 51.^a contando de atrás adelante, se encuentra la voz *zurdo*. Aunque no siempre ha sido así, los zurdos se consideran hoy una variante de la normalidad y constituyen un interesante modelo para quienes tratan de conocer el origen y el significado de las diferencias y asimetrías estructurales y funcionales entre ambos hemisferios cerebrales.

La siguiente palabra interesante para nosotros, continuando con el sentido inverso del diccionario, tiene que ver con la higiene veterinaria, ya que el *zotal* es un desinfectante o insecticida usado casi exclusivamente para el ganado. La entrada *zotal* es la 132.^a por la cola.

El artículo que aparece en el *DRAE* justo antes del dedicado a *zotal* es que habla del *zóster*. El *DRAE* 1992 definía *zóster*⁷ como «erupción a lo largo de un nervio», reflejando así de forma vaga e imprecisa la temida afección a la que el pueblo llano tradicionalmente ha denominado *culebrón*. Sin embargo, en la edición de 2001, la entrada *zóster* no incluye ninguna definición, sino que remite a la entrada *herpes zóster*, y en ella la enfermedad queda descrita del siguiente modo: «Enfermedad vírica, eruptiva e infecciosa, caracterizada por la inflamación de ciertos ganglios nerviosos, y por una serie de vesículas a lo largo del nervio afectado, con dolor intenso y a veces fiebre». ¡Ahí queda eso!

I.E. Las monovocálicas

Otros interesantes especímenes para el coleccionista de palabras son las voces monovocálicas, aquéllas que poseen sólo una de las cinco vocales. Por supuesto, cuantas más veces se encuentra repetida la vocal, mayor es el mérito ludolingüístico del término, de modo que yo voy a limitarme a las palabras en las que la vocal en cuestión aparezca por lo menos tres veces. Veamos algunos ejemplos destacados para cada una de las vocales.

1. Con la a:

Como vocal común en nuestro idioma, son muchas las palabras en las que abundan las *aes*, y el *DRAE* incluye más de mil quinientas voces monovocálicas con tres o más. Entre las de significado médico, las hay con tres (por ejemplo, *agrarar*, *paladar*, *malsana*) e incluso con cuatro: *amamantar*, *anasarca*, *atragantar*, *garrapata*, *matarratas*, *cataratas*. De todas formas, si a una mujer le duele la *garganta*, es fácil que

el médico le mande que haga *gárgaras* o que se ponga *cataplasmas*, porque se encuentra *acatarrada* (precioso ejemplo de palabra médica monovocálica con cinco *aes*⁸).

2. Con la e:

Las palabras monovocálicas médicas formadas a base de *es* son mucho más raras que la que llevan *aes*. Me ha llamado la atención que algunas de ellas posean significado triste, como *demente*, *fenecer* o *perecer* —que tienen tres *es*—, o *senescente* y *envejecer* —con cuatro *es*—. Pero para que no nos gane la melancolía, pensemos que si tenemos un problema con la aorta *descendente*, o con el conducto *deferente*, siempre podremos acudir al hospital, o mejor a su *gerente*, para que por vía *preferente* haga que nos vea un médico *excelente* que, con buen criterio, terminará recetándonos un revolucionario tratamiento *emergente*: aspirina *efervescente* (palabra campeona con cinco *es*).

Y si campeona es *efervescente* por sus cinco *es*, más aún lo es el verbo pronominal *desembebecerse* (única palabra monovocálica de seis *es* no terminada en *-mente*). El *DRAE* le otorga el significado de «recobrar de la enajenación y el arrobamiento de los sentidos», que es una bonita forma de referirse al hecho de recobrar la razón y el sentido común.

3. Con la i:

Las palabras monovocálicas formadas con la *i* son apenas unas pocas decenas, y las relacionadas con la medicina se cuentan con los dedos de una mano: *iritis*, *rinitis*, *sífilis* y *sínfisis*. Podríamos incluir aquí también el verbo *inhibir*, de interesantes connotaciones farmacológicas y funcionales.

Aunque las monovocálicas con *i* no pueden estirarse mucho más, nos sirven de excusa para recordar otras palabras que, sin ser monovocálicas, tienen un montón de *íes*. Una de ellas es el centro de un popular acertijo infantil: «¿Sabrías decirme alguna palabra con cinco *íes*? Piénsalo bien, que es *dificilísimo*». El *Diccionario* recoge también dos palabras con seis *íes*, y si las contemplamos con criterios laxos, podremos incluso creer que guardan alguna relación con la medicina. La *indivisibilidad* es una propiedad atribuida a ciertos tipos celulares, como las células ciliadas del oído interno o las neuronas del sistema nervioso, que una vez que se pierden, no pueden reemplazarse.⁹ Por otra parte, la *ininteligibilidad* sí que es una cualidad —más bien defecto— del médico que no sabe adaptarse al registro de su interlocutor.

4. Con la o:

A pesar de que la capacidad de la *o* para crear voces monovocálicas es menor que la de la *a*, lo cierto es que un porcentaje muy importante de todas las palabras monovocálicas con *o* son médicas. Entre ellas, son más frecuentes las de cuatro *oes* (*cloroformo*, *doloroso*, *gonococo*, *locomotor*, *ponzoñoso*, *protocolo*, *protozoo*), que las de tres (*morbo*, *socorro*, *pródromo*). A la abundancia de monovocálicas largas contribuyen sin duda los nombres de diversos especialistas, terminados en *-logo*: *oncólogo*, *otólogo*, *podólogo*, *proctólogo* o *tocólogo*, todos ellos de cuatro *oes*, y que sirven de teloneros para el *odontólogo*, que es una palabra única por sus

cinco *oes*. Y hablando de especialistas, no debemos olvidar al *otorrinolaringólogo*, que, aunque no es monovocálico, lleva seis *oes* a cuestas.

5. Con la u:

Como cabía esperar, las palabras monovocálicas con *úes* constituyen una auténtica rareza. Entre las aproximadamente diez voces del diccionario con tres o más *úes*, ninguna es de tema médico. A decir verdad, no he hallado más palabras monovocálicas para ilustrar esta categoría que *luz* y *pus*.

En los bosques amazónicos habita un ofidio denominado *surucucú* (*Trigonocephalus lachesis*), considerado una de las serpientes venenosas mayores del mundo y cuyo veneno ha despertado en los últimos años el interés de algún que otro neurocientífico. Como es previsible, la voz *surucucú* no figura en el *DRAE*. Sí está, sin embargo, la palabra *sucusumucu*, que forma parte de la locución adverbial *a lo sucusumucu*, utilizada en Colombia y Puerto Rico en el mismo sentido en el que en España decimos *a la chita callando*.

I.F. Palabras con tres vocales juntas

También pueden coleccionarse las palabras con tres o más vocales juntas. Muchas de ellas contienen la letra *q* y, por lo tanto, están formadas por el grupo *que* o *qui* seguido de otra vocal (por ejemplo, *tráquea*, *chequeo*, *bronquio*, *bronquiectasia*, *psiquiatra*, *quiasma*, *petequia*). Pese a que estas palabras tengan tres vocales seguidas, el hecho de que la *u* detrás de *q* no suene hace que posean sólo dos fonemas vocálicos seguidos, en vez de tres, lo que disminuye su valor ludolingüístico. Cuando aparecen tres fonemas vocálicos consecutivos, unas veces forman una única sílaba —triptongo—, como en *biaural*, *biauricular* o *hioides*; en otras ocasiones forman dos sílabas (*arterioesclerosis*, *bioética*, *paranoia*), y mucho más raramente, tres sílabas (*entreoir*).

Existen algunas palabras con cuatro vocales seguidas. Suele tratarse de formas verbales, más concretamente de la segunda persona del plural del pretérito imperfecto de indicativo de ciertos verbos: *oíais*, *veíais*, *reconstruíais*.

I.G. Palabras pentavocálicas o panvocálicas

Se caracterizan por poseer las cinco vocales, idealmente ninguna de ellas repetida. Estas voces han sido desde antiguo objeto de interés, e incluso de veneración y coleccionismo. ¿A quién no le han preguntado alguna vez cuál es el animal que tiene las cinco vocales? Y seguro que todos hemos respondido con prontitud que el *murciélagu* (palabra en la que las vocales adoptan la secuencia UIEAO).

Si tratáramos de calcular el número de secuencias distintas en las que pueden presentarse las cinco vocales sin que se repita ninguna, estaríamos calculando las permutaciones de cinco elementos tomados de cinco en cinco, es decir:

$$5 \times 4 \times 3 \times 2 \times 1 = 120.$$

Hay personas que se enfrentan al reto de encontrar al menos un ejemplo de cada una de las secuencias posibles. Se trata de un afán vano, dado que son bastantes las secuencias

sin un solo representante en nuestro idioma. Por ejemplo, si seguimos el orden alfabético, la primera secuencia es AEIOU y no existe ninguna palabra en el *DRAE* en la que las vocales estén dispuestas así.

Si nos limitamos a las voces médicas, podemos identificar palabras pentavocálicas para cerca de una veintena de secuencias. La tabla II nos muestra algunos ejemplos.

AIUEO – anticuerpo	AUEIO – cauterio
AUIEO – audímetro	EAUIO – precaución
EIUAO – desfigurado	EIUOA – vesiculosa
EOUIA – escorbútica	EUIAO – regurgitado
EUAIO – reumático	EUOIA – neumonía
OUEIA – confluencia	OUIAE – comunicante
UAIEO – purgamiento	UAI OE – luxaciones
UEAIO – tumefacción	UEOIA – tuberosidad
UIAEO – urticáceo	UOIEA – sudorífera

Tabla II. Ejemplos de términos médicos pentavocálicos. En cada casilla, aparece a la izquierda una de las 120 secuencias posibles de las cinco vocales, y a la derecha, una palabra real en la que las vocales siguen esa secuencia.

De todas estas combinaciones, la que más ejemplos reúne es EUAIO, merced sobre todo a palabras terminadas en *ción*. La tabla III muestra los ejemplos más significativos:

depuración	eructación	escuálido
esculapio	exhumación	exudación
fecundación	menstruación	neurálgico
perturbación	regulación	reputación
reumático	reumatismo	secundario

Tabla III. Palabras pentavocálicas en las que las vocales siguen la secuencia EUAIO.

I.H. Palabras monoconsonánticas

Son aquellas que poseen sólo una consonante, e igual que sucedía con las monovocálicas, cuantas más veces esté repetida la consonante, mejor. Hay muchas palabras monosilábicas con una sola consonante, pero carecen de interés. A nosotros nos ocupan las palabras en las que la consonante aparece al menos dos veces. Lógicamente, las voces monoconsonánticas son mucho más raras que las monovocálicas y, entre las palabras médicas, entran en esta categoría poco más de una decena de ellas. Las más sencillas son palabras de cuatro letras, como *dedo*, *mama*, *bebé*, *seso*, *pupa* o *vivo*, y las más complejas poseen cinco letras, pero sólo dos consonantes, como en *ababa*, *alelo*, *babeo*, *mioma* o *enano*.

En nuestro idioma hay una palabra monoconsonántica en la que la consonante *r* aparece tres veces y que aprovecha el hecho de el fonema vibrante múltiple en posición intervocálica se representa con el dígrafo *rr*. Se trata del vocablo *error*. Menos mal que el error médico se produce pocas veces, porque cuando tiene lugar, sus consecuencias pueden ser funestas. Por eso dice con ironía un viejo refrán que «Cuando el médico se equivoca, lo mejor es echarle tierra al asunto».

I.I. Palabras con consonantes encadenadas

Continuando con las consonantes, podemos ahora tratar de identificar palabras con muchas consonantes seguidas. Como en español hay numerosas sílabas que terminan en consonante, y muchas otras que comienzan por una consonante seguida de *l* o de *r*, resulta muy sencillo encontrar palabras con tres consonantes seguidas, como inclusión, inflamación, implantación, síndrome, maltratar, artrosis, gastritis, excrecencia, desembrujar, impronta o chancro, por mencionar sólo unos pocos de los muchísimos ejemplos posibles.

Menos frecuentes son las palabras con cuatro consonantes seguidas, ya que requieren una sílaba que termine con dos consonantes (habitualmente una *s* precedida de *n* o, más raramente, *b*), seguida de una sílaba que comience con otras dos (casi siempre *tr*). Los mejores ejemplos médicos son instrumento o instrumental, menstruación, monstruo, obstrucción y reconstrucción.

Aún más escasas que las palabras con cuatro consonantes seguidas resultan las que poseen cinco consonantes encadenadas. En el *DRAE* 1992 se recogían las voces sinónimas *ångstrom* y *angstromio*. Ambas servían para denominar a una medida de longitud pequeñísima, equivalente a la diezmilmillonésima parte de un metro (10^{-10} m), es decir, la diezmilésima parte de una micra o micrómetro, o la décima parte de un nanómetro, o cien picómetros. Esta diminuta unidad recibe su nombre de Anders Jöns Ångström (1814-1874), físico sueco reconocido por sus análisis de la composición espectral de la luz. Aunque el uso de esta unidad correspondió inicialmente sólo a los especialistas en espectroscopia, la invención del microscopio electrónico, a mediados del siglo xx, supuso su incorporación al ámbito de la ultraestructura. Sin embargo, como el ángstrom no es una unidad del sistema internacional, hoy se desaconseja su utilización, ya que las medidas que se expresan en ángstroms puede expresarse sin dificultad en nanómetros y picómetros. Por mi dedicación profesional al mundo de la morfología microscópica, estoy familiarizado con el ángstrom. Sin embargo, he de decir que en todos mis años como microscopista no recuerdo haber visto ni oído nunca la expresión angstromio, que no es más que un intento poco afortunado de castellanizar el apellido del físico sueco. Considero un acierto, por ello, que la Academia haya decidido prescindir de la voz angstromio, que ya no aparece en el *DRAE* 2001.

I.J. Palabras bajitas

¿Te has detenido alguna vez, lector, a pensar en lo variado de la forma de las letras? No me refiero a formas fonéticas, ni a usos gramaticales. Estoy pensado en el aspecto puramente morfológico de los trazos que componen la letra: la *o* se representa con un círculo o una elipse, la *E* mayúscula se forma con una raya vertical y tres horizontales, etc. Algunas letras tienen trazos que sobresalen hacia arriba (*b*, *d*, *h*, *k*, *l*, *t*) o hacia abajo (*g*, *j*, *p*, *q*, *y*), o en ambas direcciones (*f*). Otras llevan encima una virgulilla (*i*, *j*, *ñ*) o una tilde (*á*, *é*, *í*, *ó*, *ú*), o una diéresis (*ü*). Otras no poseen trazos ascendentes ni descendentes, ni elementos superpuestos. Estas últimas constituyen lo que yo llamo cariñosamente «palabras bajitas»; y, por suerte para los coleccionistas, son relativamente abundantes,

tanto que, para complicar un poco su captura, voy a conformarme sólo con palabras de ocho o más letras. Ahí van, ordenadas alfabéticamente: *amenorrea*, *anasarca*, *cancerar*, *canceroso*, *craneano*, *cromosoma*, *encancerarse*, *enmascarar*, *envenenar*, *escamoso*, *escarearse*, *nauseoso*, *neumococo*, *reconcomerse*, *reconocer*, *revacunar*, *socorrer* y *venenoso*.

De esta serie, quiero destacar las dos palabras más largas, que son *encancerarse* y *reconcomerse*. La primera de ellas, que es poco usada en la actualidad, posee el sentido de enfermar de cáncer, o de sufrir un adelgazamiento y una degradación corporales que recuerdan a los estados de caquexia o consunción asociados a muchas enfermedades cancerosas. El verbo pronominal *reconcomerse* hace alusión a la situación de impaciencia, ansia o malestar causada por la picazón o alguna molestia análoga. Ambas poseen doce letras, cifra no superada por ninguna otra palabra bajita.

También debo destacar la voz *reconocer*, de mérito ludolingüístico extraordinario. ¿Adivinas, lector, por qué? Sigue leyendo y pronto lo descubrirás.

I.K. Palabras con sombrero

A esta categoría pertenecen las palabras en las que abundan las letras coronadas por virgulillas, tildes o diéresis. Las que figuran a continuación, poseen cuatro *ies* y una tilde, que no está nada mal: *antihigiénico*, *antisifilítico*, *indisposición* y *virilización*. En este grupo se integran también los sustantivos *indivisibilidad* e *ininteligibilidad*, de los que ya nos ocupamos más arriba porque contienen seis veces la vocal *i*.

II. Según cómo suene

Además de por su tamaño, uno puede coleccionar palabras por su sonido, y aquí una vez más los criterios de selección son francamente variados.

II.A. Parónimos

Por paronimia (o paronomasia) se entiende la condición de dos o más vocablos que guardan semejanza. Son parónimas las palabras *hiel*, *miel* y *piel*, en las que sólo cambia una consonante, o las que integran esta ingeniosa frase, que está popularizando el famoso ludolingüista Màrius Serra: «Peso el poso que alguien puso en el piso por donde paso». Entre los muchísimos ejemplos de parónimos que podrían mencionarse, me parecen especialmente interesantes aquellos pares o tríos de palabras de formas muy semejantes pero significados distintos, por lo que se prestan a confusión.

El ejemplo extremo de paronimia lo encontramos en las palabras que comparten totalmente el sonido (voces homófonas), pero no la grafía. Así, el verbo *ingerir* tiene que ver con la comida, con la alimentación, mientras que *injerir* nos habla de interferir en asuntos ajenos. *Bascular* es un verbo que significa moverse de forma oscilatoria, en tanto que *vascular* es el adjetivo referente a los vasos del cuerpo. También sueñan igual los adjetivos *ético*, que posee connotaciones morales, y *hético*, sinónimo de tísico o tuberculoso.

En otras ocasiones cambia sólo una vocal. Esto es lo que sucede con estas tres palabras semejantes pero de sentido radicalmente diferente:

- *ablación*: separación o extirpación de cualquier parte del cuerpo;
- *ablución*: lavatorio, entendido como acto de purificación religiosa por medio del agua;
- *oblación*: ofrenda o sacrificio a la divinidad.

También son causa de confusión los términos parónimos en los que sólo cambia una consonante. ¡Que se lo pregunten a la multitud de personas que confunden el *seso* con el *sexo*! Un poco más sofisticado es el siguiente ejemplo, en el que, debido a que la consonante que cambia precede a otra consonante, las diferencias fonéticas quedan algo difuminadas: el sustantivo *afta* (pequeña úlcera bucal) no tiene nada que ver ni con el sustantivo *acta* (relato o descripción escrita de algún acontecimiento) ni con el adjetivo *apta* (capaz de hacer algo).

En ocasiones, las voces parónimas no difieren porque una letra reemplace a otra, sino porque poseen una letra de más o de menos. Tal es el caso de la *abducción* y la *aducción*; la primera define el movimiento por el cual un miembro u otro órgano se aleja del cuerpo, y la segunda todo lo contrario, es decir, el movimiento de aproximación. Sin embargo, si prestamos atención a los medios de comunicación, tendremos la impresión de que en el cuerpo sólo hay músculos abductores, no aductores, puesto que son legión los periodistas deportivos para los que cualquier lesión muscular de las extremidades, afecte a la parte del miembro que afecte, es una lesión de abductores.

Un caso parecido plantean los vocablos *areola* (o *aréola*) y *aureola*. La *areola* es el círculo rojizo o moreno que rodea al pezón del pecho, o también el área rojiza que limita ciertas pústulas. La *aureola* es la corona resplandeciente con la que suelen representarse las figuras sagradas. En amplias regiones de Iberoamérica es común emplear *aureola* para referirse a la areola. Así, no resulta demasiado difícil toparse con la expresión «la aureola del pecho». Aunque este uso aparece recogido desde hace varias ediciones en el *DRAE*, cuya segunda acepción de *aureola* la define como areola, sería preferible mantener la separación entre ambos términos.

Una situación más compleja se plantea ante pares de palabras que difieren en una sílaba completa, aunque conservan sonidos semejantes. Como ejemplo, nos sirve la palabra *carbunco*, nombre castellano de una enfermedad grave para el ganado, lanar, vacuno, cabrío o caballo, y que puede en ocasiones ser transmitida al hombre. El nombre inglés de esta enfermedad es *anthrax*. La tremenda preocupación del mundo occidental tras los salvajes atentados del 11 de septiembre de 2001 se vio acrecentada unas semanas después por los envíos contaminados con el germen responsable del *carbunco*. Durante semanas, las noticias procedentes de los Estados Unidos de América que hablaban de *anthrax* fueron traducidas de manera totalmente acrítica utilizando *ántrax*, cuando esta palabra en español designa una infección cutánea aguda, semejante a un forúnculo múltiple o divieso y que nada tiene que ver con el *carbunco*. Por suerte, surgieron pronto las voces de los expertos, los enterados y los enteradillos, que dejaron claro que el *anthrax* inglés debía ser traducido como *carbunco*. Pues bien, durante las semanas iniciales de confu-

sión, recuerdo haber oído por la radio a un personaje que, seguramente aquejado de un ataque de pureza lingüística, dijo que había que tomar todas las medidas para evitar que el *carbúnculo* (sic) llegara a España. Y añadió: «¡Aquí no queremos los *carbúnculos* (sic) americanos!». Yo me quedé perplejo, tratando de entender por qué aquella persona despreciaba con tanta vehemencia las piedras preciosas, ya que los *carbúnculos* no son sino rubíes.

II.B. Palabras con dos formas prosódicas

Otra rareza del lenguaje la integran las palabras con más de una forma prosódica, es decir, las palabras en las que, sin que se altere el significado, puede cambiar la vocal tónica, de modo que, aunque se escriban igual (salvo por la tilde), suenan de manera diferente. Con frecuencia, las diferentes formas prosódicas tienen su origen en errores de uso que terminan siendo aceptados por la costumbre, a veces hasta el punto de desplazar a la acentuación original. En el *DRAE*, todas las formas prosódicas de un mismo término aparecen una detrás de otra en una única entrada. La primera de las formas que aparece es la recomendada por la Real Academia, y la última la menos aconsejable. La tabla IV ilustra una muestra de las muchas voces médicas con dos formas prosódicas.

acné / acne ^b	alérgeno / alergen ^{a,b}
alvéolo / alveolo ^a	amoníaco / amoníaco ^a
areola / aréola	bronquiolo / bronquíolo
cardíaco / cardiaco	celíaco / celiaco
cíclope / ciclope ^b	dipsomaniaco / dipsomaniaco
electrodo / eléctrodo ^{a,b}	elefanciaco / elefanciaco
esfácelo / esfacelo	exoftalmia / exoftalmía
hemiplejia / hemiplejía ^a	hemorroísa / hemorroisa
hipocondríaco / hipocondriaco	ilíaco / iliaco
maníaco / maniaco	médula / medula ^a
microscopia / microscopía	oftalmia / oftalmía
omóplato / omoplato	ósmosis / osmosis ^b
paraplejia / paraplejía ^a	período / periodo
reuma / reúma	tortícolis / torticolis
varice / várice	xeroftalmia / xeroftalmía

Tabla IV. Ejemplos de palabras médicas con dos formas prosódicas. Para cada par de palabras, se ha colocado a la izquierda la forma preferida en la actualidad por la Real Academia, es decir, la que aparece primero en la correspondiente entrada del *DRAE* 2001. Las formas de la derecha se consideran hoy desaconsejables. La marca *a* indica las formas que, siendo hoy desaconsejables, eran las aconsejadas en el *DRAE* 1992; la marca *b* señala las voces presentes en el *DRAE* 1992, pero que ya no están recogidas en el *DRAE* 2001.

Entre los ejemplos de la tabla IV, quiero mencionar expresamente el de *microscopia* y *microscopía* porque me afecta directamente por mi condición de humilde microscopista. Recuerdo que cuando, hace ya más de veinte años, oí hablar por primera vez a un profesor de la *microscopía*, me chirriaron las células ciliadas del oído interno. No es que yo estuviera acostumbrado a oír *microscopia* —probablemente no lo había oído jamás—; fue más bien que la terminación en *ía* que rompía el diptongo me resultó extraña. Pensé entonces en

la endoscopia, penosa prueba diagnóstica a la que acababa de ser sometida una persona muy querida para mí, y me imaginé tratando de decir ‘endoscopia’. No, el cambio no sonaba bien. A medida que avanzaba la carrera me familiaricé con artroscopias, cistoscopias, broncoscopias, rectoscopias, gastroscopias, colposcopias, otoscopias, radioscopias y todas las ‘-scopias’ imaginables. Nunca vi a nadie dudar a la hora de pronunciar estos términos como palabras llanas con acento en la *o* y terminadas en diptongo. Y entonces, ¿por qué *microscopía* —forma tan extendida que se introdujo en el *DRAE* en la edición de 1992— y no *microscopia*? No lo sé. Supongo que es una muestra más de un curioso fenómeno de orgullo profesional, de ego mal entendido, que lleva a los profesionales de una determinada disciplina, y sólo a ellos, a deformar sus propias palabras, como si así pudieran reforzar su identidad profesional. Intuyo que este es el motivo por el que sólo los que se dedican a las ciencias biomédicas hablan de *perifería* (sic) o *estadío* (sic), sólo los médicos dicen *epilepsia* (sic) y sólo los aviadores llaman *acrobačia* (sic) a las piruetas que describen en el aire.

II.C. Palabras con tres formas prosódicas

En ocasiones, en las palabras con dos o más formas prosódicas cambia el significado al desplazar el acento. Un caso particular, especialmente llamativo, es el de las palabras que admiten tres acentuaciones, cada una de ellas con significado distinto. Así sucede con tríos como *cántara* / *cantara* / *cantará*, *célebre* / *celebre* / *celebré*, o *círculo* / *circulo* / *circuló*. En el idioma español habrá unos doscientos y pico tripletes de estos. La voz esdrújula suele ser un sustantivo —*cántara*, *círculo*— o, más raramente, un adjetivo —*célebre*—. Las voces llana y aguda son casi siempre dos formas del mismo verbo. Cuando las palabras terminan en *a*, las formas verbales son la primera o la tercera persona del singular del pretérito imperfecto de subjuntivo —*cantara*— y la tercera persona del singular del futuro de indicativo —*cantará*—. Cuando terminan en *e*, la primera o la tercera persona del singular del presente de subjuntivo —*celebre*— y la primera persona del singular del pretérito indefinido —*celebré*—. Cuando terminan en *o*, la primera persona del singular del presente de indicativo —*circulo*— y la tercera persona del singular del pretérito indefinido —*circuló*—.

Varias decenas de los tripletes posibles incluyen algún término médico. Los hay puramente médicos, aquellos cuyas tres palabras forman parte del lenguaje profesional:

médico / medico / medicó
diagnóstico / diagnostico / diagnosticó
pronóstico / pronostico / pronosticó
parásito / parasito / parasitó
trépano / trepano / trepanó
vómito / vomito / vomitó
óvulo / ovulo / ovuló

En otros tripletes, no todas las palabras son médicas. Así, si decimos *mútulo* / *mutilo* / *mutiló*, todos sabemos que mutilar implica provocar un daño corporal, pero ¿qué es un múti-

lo? Suele ser un libro, documento o carta al que se le ha arrancado o cortado alguna página o fragmento.

Veamos otro ejemplo: *síncope* / *sincope* / *sincopé*. Asociamos sin dificultad el *síncope* con un desvanecimiento o desmayo, pero el verbo *sincopar* no tiene nada que ver con la salud. *Sincopar* hace referencia a una figura de dicción consistente en la supresión de uno o más sonidos dentro de un vocablo, o a una figura musical por la que se enlazan sonidos.

Para terminar esta sección, me gustaría mencionar dos ejemplos especiales. El primero está integrado por las palabras *cámbara* / *cambara* / *cambará* y constituye uno de los pocos tripletes en los que las tres palabras poseen significados totalmente diferentes. *Cambará* es el nombre de un árbol de América del Sur cuya corteza posee propiedades anti-piréticas. *Cámbara* es el sustantivo con el que en algunos puntos de la costa del mar Cantábrico se designa a la centolla, y *cambara* es una forma del verbo *cambar*, que significa *combar* o *encorvar*.

El último ejemplo de palabra con tres formas prosódicas que voy a mencionar constituye un monumento a la simplicidad, ya que con sólo una consonante y dos vocales, y sin más artificio que cambiar el acento de sitio, se obtienen tres palabras: *pie* / *pie* / *pié*.¹⁰

II.D. Palabras dobles

El último de nuestros juegos basados en el sonido de los vocablos es el de las palabras dobles, entendiendo por dobles aquellas voces en las que todos los fonemas están repetidos. Son palabras del tipo *coco* o *pilpil* o, mejor aún, los famosos polvos de *picapica*.

Son escasos los términos médicos realmente dobles, y suele tratarse de palabras con una sílaba repetida y sólo cuatro letras: *baba*, *bebé*, *mama*, *pipí*. Un poco más larga es *chocho*, que en este contexto es el adjetivo que designa a la persona a la que se le va la cabeza, a la persona que chochea. Más elaborado aún resulta el término *tortor*, que nombra al palo o vara con el que se aprieta un torniquete y exhibe orgulloso sus seis letras y sus dos consonantes repetidas. Y por encima de todos estos vocablos, sobresale *beriberi*, nuestra curiosa palabra campeona de origen cingalés que designa un cierto tipo de avitaminosis.

Podemos imaginar también un segundo tipo de palabras dobles, acaso descafeinadas, en las que están repetidas todas las letras, pero no todos los sonidos. A esta categoría pertenecen *crecer* (6 letras), *bilabial* (8) y, sobre todo, *termómetro* (10) y *condicionada* (12), auténticos señores aristocráticos del panorama ludolingüístico. Por cierto, no sé si habrás notado, avisado lector, que *aristocráticos* es una impresionante palabra doble de 14 letras aunque, dada su condición de plural, no figura en el diccionario.

III. Visiones de simetría

¿Quién no se ha dejado atrapar alguna vez por los dibujos de Escher? El genial dibujante holandés Maurits Cornelis Escher (1898-1972) creó un universo propio en el que los peces, los pájaros, los barcos, las lagartijas, las mariposas o los demonios se entrelazaban de forma inverosímil en una sucesión

casi infinita. Es también el autor de esas imágenes imposibles en las que una mano se dibuja a sí misma, o unas escaleras cuadradas y cerradas ascienden sin fin. Igual que Escher sintió la fascinación por las visiones de simetría plasmadas en un papel, el buen ludolingüista es incapaz de resistirse al embujo de la simetría en la palabra o en la frase. Empieza aquí la parte más creativa del juego.

III.A. Palabras palindrómicas

Las palabras palindrómicas pueden leerse igual al derecho que al revés y constituyen por ello la flor y nata de la simetría. Por el *Diccionario* de la Real Academia Española (*DRAE*) se pasean unas poquitas decenas de voces palindrómicas, apenas media docena de tema médico. A esta categoría pertenecen tres términos anatómicos de tres letras, que comienzan y terminan con la misma vocal y poseen una consonante en medio: *ojo*, *ala* (como el ala de la nariz o el ala del esfenoides) y *asa* (por ejemplo, cada una de las asas intestinales). Un poco más larga, y más airosa por sus dos consonantes, es la palabra *ababa*, de la que ya nos ocupamos al principio de esta obra porque se trata de una de las primeras entradas del diccionario.

La voz *anilina* representa un grado mayor de complejidad, no sólo por sus siete letras, sino porque posee dos consonantes distintas. Este vocablo de origen portugués ha llegado a nosotros a través del alemán y hace referencia a determinados compuestos químicos esenciales para elaborar sustancias tintoriales aunque, por extensión, se usa también para referirse a estos mismos colorantes. Su relación con la medicina radica en que para muchas tinciones histológicas se emplean colorantes del tipo de las anilinas.

En todo el *DRAE* no se encuentra palabra palindrómica más larga que *reconocer*, que incluye nueve letras y tres consonantes diferentes. El reconocimiento médico, es decir, la acción de reconocer al paciente, ha formado siempre y forma parte esencial del quehacer médico, por más que al prestar atención a los medios de comunicación alguien pueda llegar a pensar que el «oportuno reconocimiento» o el «preceptivo reconocimiento» es algo reservado a los futbolistas comprados por decenas de millones de euros.

Pueden hallarse también voces palindrómicas no incluidas en el diccionario, como *oyó* —pretérito indefinido del verbo oír— o *sanas* —presente de indicativo del verbo sanar o plural del adjetivo femenino sana—.

III.B. Palabras bifrontes

No tan perfectas como las palindrómicas, pero acaso más enigmáticas que ellas, son las palabras bifrontes, voces de dos caras. Con este nombre nos referimos a aquellos vocablos que leídos de izquierda a derecha poseen un significado determinado, mientras que leídos de derecha a izquierda poseen un significado distinto. Por lo tanto, hablar de bifrontes implica referirse a pares de voces especulares, cada una de ellas con su significado concreto.

Veamos un ejemplo: si tomamos el verbo *oír* y lo leemos al revés, obtenemos el sustantivo *río*, en el que, por respetar la simetría, se respeta hasta la tilde. Puestos a fantasear, la

imagen de una persona oyendo el sonido cristalino de un río rebosa sensualidad y armonía.

Continuando con el sentido de la audición, nos encontramos con el *oído*, cuya palabra bifronte es *odio*, sin duda hartamente bucólica que el río. Al que oye lo llamamos *oído*, y su voz especular es el *rodio*, que, además de un elemento químico, es el natural de la isla de Rodas. En cualquier caso, en nuestro contexto el rodio resulta neutro. Si el oído lo convertimos en plural, *oídos*, nos lleva a su bifronte *sodio*, otro elemento ludolingüísticamente inerte. Y si consideramos la primera de las estructuras anatómicas que participan en la audición, la *oreja*, obtenemos por simetría la voz *ajero*, con la que se denomina a aquél que vende ajos. Parece, por lo tanto, que los términos bifrontes de las palabras relacionadas con el oído no nos transmiten ningún mensaje interesante, mas allá del relajante río y del irritante odio.

En el *DRAE* aparecen otros términos médicos bifrontes. La palabra simétrica de *axón* (la prolongación de la neurona que transmite el impulso nervioso) es *noxa*, que significa daño o perjuicio, lo que no deja de constituir una interesante coincidencia, ya que cuando el cuerpo percibe el daño sufrido, lo hace gracias a determinados impulsos transmitidos por axones. El bifronte de *anal*, adjetivo referente a esa parte poco noble de la anatomía, es *lana*, el conocido pelo de animales como la oveja o la llama. Y el bifronte de *legra*, temido instrumento quirúrgico, es *argel*, que, además de la capital de la nación argelina, es el adjetivo con el que se designa al caballo o yegua que tiene blanco sólo el pie derecho, lo que algunos interpretan como un signo de mal augurio para quien lo monta. Me llama la atención que tanto el anagrama de *anal* como el de *legra* apuntan en la dirección de la naturaleza animal, y me intriga la coincidencia.

Los dos términos médicos bifrontes más largos son *lámina* y *órgano*. La lámina es un elemento característico de la organización estructural de múltiples partes del cuerpo, desde las láminas interna y externa de los huesos del cráneo hasta las láminas fibrodendríticas de ciertos núcleos del cerebro. Pues bien, si leemos *lámina* al revés, nos topamos con la desnuda expresión *animal*, que nos recuerda con brutalidad —nunca mejor dicho— nuestra propia condición. En cuanto al *órgano*, con el que todos asociamos automáticamente las vísceras y otras estructuras, como las que nos permiten percibir los sentidos, se acompaña inexorablemente de su pareja *onagro*, que no es otra cosa que ¡un burro! Un burro salvaje, sí, pero burro al fin y al cabo. Al llegar a este punto, empiezo a preocuparme: si las voces *anal* y *legra* nos ponían sobre la pista de la naturaleza animal, las palabras *lámina* y *órgano* confirman la tendencia. Si creemos lo que nos dicen las palabras, y no veo razón para cuestionarlo, tendremos que concluir que la medicina, que tiene por objeto al cuerpo humano, se está ocupando de un animal, el que llevamos dentro y el que vemos fuera. Expresado de otra manera, una visión ludolingüística de las palabras nos dice que somos animales. Por supuesto, no hay ninguna sorpresa en esta afirmación. Lo que ocurre es que, francamente, a mí me habría gustado que las palabras me hubieran llevado a otras conclusiones más elevadas, más finas, menos brutas.

IV. Tótum revolútum

Me invade la desazón ante la evidencia ludolingüística de mi condición animal. Tanto, que algo se rebela en mi interior y comienzo a preguntarme si no habré cometido algún error, si las conclusiones a las que he llegado no serán la consecuencia de una aplicación incorrecta del método elegido. Y cuanto más lo pienso, más me convengo de que me he equivocado de procedimiento. Las palabras bifrontes son muy escasas, y la muestra que yo he analizado resulta demasiado pequeña para que los resultados obtenidos sean fiables. Sí, debe de ser eso lo que ha pasado: mi muestra no era válida y, por consiguiente, la conclusión de que el hombre es un animal debe ser rechazada, o al menos sometida a revisión. Así, para salir de dudas, decido verificarla —nuevamente transformada en hipótesis— y escojo un método que se me antoja infalible: el anagrama. Este curioso juego consiste en cambiar de orden las letras de una palabra para formar otra u otras diferentes. Ya nos cruzamos con él al principio, cuando lo lúdico se transformó en lúcido. A diferencia de los términos bifrontes, las palabras españolas que poseen anagramas son abundantísimas. Pensemos que los bifrontes no son sino un caso particular de anagrama, el más exigente, pero anagramas después de todo. Así, si trabajo con anagramas, sin más, deberé ser capaz de reunir una muestra lo suficientemente amplia como para obtener resultados estadísticamente significativos o, lo que es lo mismo, incuestionables.

Resuelto a utilizar anagramas, me falta por decidir el punto de partida. No oculto que lo que más me ha molestado es que se me comparara con un burro; por ello, me parece lo más pertinente retomar el argumento en el punto en el que lo dejamos: en el *onagro*. Pero como esta palabra no tiene más anagrama que el *órgano*, del que ya hemos hablado, recurro a una licencia semántica y, consciente de que el burro ha sido una de las criaturas más explotadas y ¿queridas? por el hombre, se me ocurre acudir a los sinónimos de onagro, que abundan. Y como me gusta seguir la norma cartesiana de que «es preferible no hacer algo a hacerlo sin sistema», voy a ordenar los sinónimos alfabéticamente.

El primer sinónimo de onagro es *acémila*. Cambio mentalmente sus letras de orden y... ¿qué obtengo? ¡Una *camelia*! Sí, es una palabra bonita pero me temo que no nos lleva a ninguna parte. O tal vez sí: nos lleva a darnos cuenta de que eso de ordenar los sinónimos alfabéticamente no funciona. En consecuencia, decido continuar con el análisis anagramático escogiendo los sinónimos aleatoriamente.

Pruebo con *pollino*, *borrico*, *jumento*, *garañón* y *solípedo*, y nada: ni un mal anagrama que llevarse a la boca. Cuando empiezo a desconfiar del método anagramático, caigo en la cuenta de que no lo he aplicado al sinónimo más obvio de onagro, que es precisamente *burro*. Agito bien sus letras y obtengo... *rubor*. Esto ya está mucho mejor. El rubor es uno de los cuatro signos cardinales de la inflamación, nada menos que el enrojecimiento que acompaña a infinidad de lesiones. Vuelvo a barajar las letras de *burro* y doy con *rubro*, que no constituye una palabra por sí sola pero sí una raíz que significa ‘rojo’ y que sirve para formar palabras relacionadas con el núcleo rojo del cerebro, tales como [las fibras]

rubromesencefálicas o [el fascículo] *rubroespinal*. Parece que comienza a restablecerse el orden: si antes partimos de palabras médicas, como *anal*, *legra*, *lámina* y *órgano* para llegar al burro, ahora es el burro el que nos devuelve al entorno médico. ¡A esto lo llamo yo desandar hábilmente el camino!

Envalentonado por el éxito logrado con los anagramas de *burro*, prosigo el análisis con otro sinónimo: *rucio*.¹¹ No puedo ocultar mi alegría al descubrir que un anagrama de *rucio* es *curio*, nombre de un elemento químico radiactivo y, mucho mejor aún, de una unidad de radiación equivalente a $3,7 \times 10^{10}$ desintegraciones por segundo y que se utiliza en el ámbito de la investigación biomédica y la radioterapia. Muevo nuevamente las letras y descubro al temible ácido *úrico*, testigo de excesos en la ingestión de proteínas y de depósitos de cristales o ‘piedras’ en diversos órganos huecos. Veo que el método anagramático funciona bien y continúa conduciéndonos de regreso al ámbito médico.

El siguiente sinónimo que me viene a la mente es *rocín*, cuyo anagrama *nocir* marca aún más la sonrisa en mis labios. El verbo nocir es sinónimo de dañar, y el fin de la medicina no es otro que prevenir o restaurar el daño causado por enfermedad o lesión. El método anagramático sigue demostrando su eficacia.

También podemos referirnos a cualquier burro empleando el nombre de otro burro universal: *Platero*. Pues bien, el único anagrama de *Platero* es *plétora*, situación patológica causada por el exceso de sangre o de otros líquidos orgánicos en alguna parte del cuerpo.

Empiezo a creer que realmente he desfecho el entuerto cuando caigo en la cuenta de que me estaba dejando en el morral otro sinónimo común de onagro: *asno*. Intuyo que lo que dicte el asno puede ser definitivo, así que con cierto temblor revuelvo bien sus letras en mi cabeza y obtengo... *anos*. Respiro aliviado, pues el asno me ha guiado hasta el plural de un término anatómico. Además, detecto en este anagrama un poder suficiente como para contrarrestar el mal influjo del bifronte *anal*. Lleno de esperanza, muevo otra vez las letras y éstas se encargan de formar *naso*. Dudo un segundo antes de comprender que se trata de la raíz que hace referencia a la nariz; podemos encontrarla en palabras como [cavidad] *nasofaríngea* o [surco] *nasogeniano*. ¡Casi no puedo creerlo! El método anagramático continúa poniendo las cosas en su sitio. Con un meneo de cabeza involuntario, desencadenado más por el entusiasmo que por la resolución, remuevo otra vez las letras de *asno* en mi cabeza, y cuando se paran, crean la palabra ¡*SANO*! Me entran palpitaciones. ¡Esto sí que es hacer las cosas bien! Nunca, ni en todos mis años como investigador, había presenciado experimento tan redondo ni resultado tan perfecto. Y eso que lo de probar con los anagramas fue una idea loca, un poco desesperada, pero ha funcionado. Sí, a veces la improvisación rinde sus frutos.

Trato de poner un poco de orden en mis ideas y repaso todos los anagramas derivados de los sinónimos de onagro:

acémila → camelia
burro → rubor, rubro

rucio → curio, úrico
 rocín → nocir
 Platero → plétora
 asno → anos, naso-, SANO.

Me fijo en la palabra *SANO* y me hincho de satisfacción. Se han disipado mis dudas. Ya no tengo que preocuparme de si soy un animal o no. Las palabras han emitido su dictamen: Al César, lo que es del César. Partí de términos médicos y he llegado a términos médicos. A la medicina, medicina. Porque de eso se trata, ¿no? No hay palabra más médica que *SANO*, porque ¿cuál es, sino sanar, el fin de la medicina? Sí, ese es su fin: ¡SANAR!

Me siento tan colmado con mi razonamiento, que necesito contárselo a alguien. Salgo en busca de cualquiera dispuesto a oírme, y mientras tanto llevo fija en mi cabeza, como un icono, la palabra *sanar*. Acelero el paso, doy un salto aquí, un brinco allá. Procuro sosegar y me detengo para recrearme una vez más contemplando el resultado perfecto de mi experimento. Vuelvo a mirar al interior de mi cabeza buscando el vocablo *sanar*, pero ya no lo veo. Sospecho que con tanto bote las letras se han descolocado. Las vuelvo a mirar y lo que leo me paraliza como si me hubieran inyectado medio kilo de curare. Ahora ya no pone *sanar*, pone *sarna*. Leo este término despacio y a mi mente la invaden imágenes monstruosas de parásitos de ocho patas horadando a mordiscos surcos en la piel. Entonces comprendo que *sarna* es anagrama de *sanar*. Se ve que con la alegría me precipité y no esperé a que las letras de sanar estuvieran bien sedimentadas.

Todavía sobresaltado por la *sarna*, intento recobrar la calma, regresar a territorio seguro. Todo iba bien hasta que llegue al verbo *sanar*, así que lo que debo hacer es, más que concentrarme en la propia palabra, concentrarme en su concepto: el cuerpo enfermo; el médico que lo cura; la curación, la sanación; sanar es lo mismo que curar. Con estos pensamientos consigo serenarme. *Sanar* me ha dado un disgusto, pero seguro que no sucede lo mismo con *curar*. Esta puede ser mi nueva palabra talismán: *CURAR*.

Sé que no debería arriesgarme, pero me vence la tentación de revolver en mi cabeza las letras de *curar*. Pruebo una vez y me topo con *ruca*, verbo onomatopéyico que en ciertas comarcas asturianas y leonesas alude a la producción de sonidos con la boca. No sé muy bien qué pinta esto aquí, pero ni me estorba ni me perjudica. Una nueva sacudida de cabeza y se configura el adjetivo femenino *curra*, que posee el sentido de maja, hermosa, libre. Sopeso este significado y me convenzo de que está tratando de transmitirme un mensaje de tranquilidad. Sí, todo está bien. A pesar del sobresalto de la *sarna*, el orden se mantiene.

Persuadido de que mi conclusión es ahora definitiva, trato de grabar el término *curar* hasta en el último rincón de mi cerebro. Pienso en curar y me reafirmo en que ya no soy un animal. Lo ratifican las palabras médicas. Más que animal, soy el fin último de la medicina, un sujeto susceptible de curación. El día que caiga enfermo, la medicina acudirá en mi auxilio y se ocupará de mí. Me pondré en manos del médico, del curador, y confiaré en él. Recreo mentalmente la imagen del curador. Y

reflexiono también acerca de la palabra *curador*... Contemplo un baile de letras que me devuelve a mi sensatez: el *curador* se ha tornado *cordura*.

Más cuerdo que nunca, veo con nitidez que la clave no está sólo en los anagramas, sino en una combinación inteligente de anagramas y sinónimos. Llegué hasta *sanar* a través de una combinación de los anagramas de los sinónimos de *onagro*. Y ahora he regresado a un entorno agradable, libre, bello, cuerdo, surcando los derivados de *curar*, que es sinónimo de *sanar*.

Con el orgullo de la victoria intelectual y la satisfacción de deber cumplido, me río de mi propia inseguridad. ¡Cómo se me ha ocurrido dudar de mi condición humana! Con lo racional que yo soy, resulta inaudito que durante unos segundos haya dado crédito a la figuración de un hombre-burro cubierto de lana. Mi cuerpo es humano, no tiene cuernos, ni rabo. Es frágil, lo sé, pero para eso está el curador. Sí, me pondré en sus manos cuando enferme. La medicina me curará, me hará curable. Seré curable. *CURABLE*...

Aunque la cordura del curador y la sensación de ser curable me reconfortan, mi mente sigue algo acelerada. En poco rato, por ella han pasado numerosos sinónimos y anagramas acompañados de emociones, alegrías y sustos. Trato de poner el cerebro en punto muerto sin conseguirlo del todo. Y así, sin darme cuenta, me sorprende a mí mismo buscando anagramas de *curable*. Sé que es una insensatez, que no tengo nada que ganar, pero no puedo evitarlo. Las letras se mueven lentamente ante mis ojos formando combinaciones ilegibles... hasta que por fin encajan. Mi seguridad, mi condición de *curable*, se ha transformado en una ¡*culebra*! ¡Este sí que es un sobresalto! Cuando pensaba que había recuperado la paz, vuelvo a verme convertido en animal, y nada menos que en un frío y arrastrado ofidio.

Una actividad frenética coloniza mi cerebro. Tengo que encontrar una solución. Y he de hacerlo de manera racional. Es cierto que son las palabras las que me han llevado hasta aquí, pero el juego lo ha ideado mi cerebro. A él le corresponde sacarme del apuro. Claro que sí. La clave ha de residir en el cerebro. Tengo que pensar, tengo que pensar. ¡Vamos, cerebro! ¡Venga, cerebro! Cerebro, CEREBRO...

Es mi cerebro el que tiene que pensar, pero en vez de eso soy yo el que piensa en mi *cerebro*. Y las letras que componen el sustantivo cerebro giran y giran... hasta convertirse en ¡*becerro*!

Empiezo a maldecir el juego anagramático. Si malo me parecía que las palabras me recordaran mi condición animal, peor es tener un becerro por cerebro. ¡El colmo! Tanto pensar, para terminar convertido en un individuo acéfalo, un descerebrado. Sí, porque eso es lo que soy. En vez de sesos, tengo un ternero. Un acéfalo es lo que soy. Acéfalo.

Y mientras me martirizo con esta idea, las letras se mueven por su cuenta y el *acéfalo*, ese individuo sin cerebro, evoluciona hasta generar un *acalefo*, una especie de medusa. Y ya no sé qué es peor, si no tener cerebro en absoluto, o tener un sistema nervioso ganglionar, como el de los celentéreos. ¡Esto no puede ser! Tengo que sacarme el becerro y la medusa de la cabeza.

Con tantas ideas esperpénticas, está comenzando a dolerme la cabeza. Siento un dolor extraño, continuo. Más que una migraña o cefalea, parece una sensación neurálgica. Pero en el cerebro —al menos en uno normal— no hay nervios que puedan justificar la molestia neurálgica. Es dolor, es molestia, es angustia. Angustia neurálgica, neurálgica... Y por arte de la magia anagramática, la angustia *neurálgica* sufre una metamorfosis repentina y revolotea brillante transformada en *luciérnaga*. ¡Esta sí que es buena! Ahora tengo la cabeza llena de terneros, de medusas y de insectos. ¡Tengo que echarlos de aquí! Tengo que expulsarlos... pero no puedo: me lo impide el cráneo. ¡Es tan duro el cráneo...!

Me obsesiono con el cráneo actuando como barrera que impide al becerro, a la medusa y a la luciérnaga salir de mi cabeza. ¡Por qué tendré la cabeza tan dura! ¡Maldito cráneo! Y en medio de la obsesión, contemplo las letras de la palabra *cráneo* dotadas de animación, moviéndose febrilmente en mi cabeza, rebotando contra el estuche óseo que ellas mismas forman. Y cuando se cansan, se depositan sobre la base del cráneo, pero en distinto orden: *nécora*.

¡Qué absurdo! Resulta que no tengo cerebro porque ha sido reemplazado por un becerro, una medusa y un bicho candela, y quien los mantiene en su sitio es una *nécora*, ¡nada menos que un crustáceo! ¡Qué tendrá que ver el cráneo con una *nécora*! ¡Si no se parecen más que en la textura córnea!

No sé por qué, pero el adjetivo *córnea* ha resonado en mi interior. Supongo que se debe a que la córnea es también otra parte del cuerpo, el cristal que cierra la ventana de los ojos. Y pensando en los ojos, como si de repente los hubiera abierto, se hace la luz. ¡Claro que sí! ¡Pero cómo no me había dado cuenta antes! La clave está en el ojo. ¡El becerro, la medusa y la luciérnaga tienen que salir por el ojo! La cavidad craneana y las cuencas de los ojos se comunican para que la retina se mantenga en contacto con el cerebro. Y puesto que el ojo se abre al exterior, si el becerro, la medusa y el insecto llegan hasta el ojo, podrán por fin salir de mi cabeza. Una vez en el ojo, sólo tendrán que atravesar la córnea y no parece tan complicado. Desde luego, es mucho más blanda que el caparazón de una *nécora*. Ya sólo me falta encontrar la manera de cruzar la córnea...

Me concentro ahora en la córnea. Es tan transparente, tan frágil, tan delgada, que cuesta incluso imaginarla. Córnea, córnea, córnea... Y el fenómeno se repite. Sus letras no obedecen más leyes que las propias. Se desplazan a su ritmo y no puedo dejar de mirarlas. Y antes de que formen una palabra, no sé si en mi incertidumbre domina la esperanza o el temor. Cuando al fin se detienen, la *córnea* se ha transformado en ¡otra *nécora*!

Tan dura es la *nécora* del cráneo como la del ojo. Mi ilusión se desvanece, y en mi cuerpo se desata una reacción vegetativa. Un sudor exagerado me empapa. Mi corazón late enérgico y rápido, tanto que hasta me duele. No, no creo que se trate de un infarto, pero me duele. No es un dolor precordial; es un dolor de corazón, un dolor cordial. Es posible que esté utilizando el adjetivo *cordial* de un modo un poco heterodoxo, pero es lo que mi cuerpo me impone en esta situación. Sí, mi dolor es cordial. *Cordial*... Otra palabra que me

atrapa y antes de que pueda reaccionar, sus letras se redistribuyen para generar *cordila*. Confieso que no sé lo que significa. Consulto el diccionario y abatido leo que así es como se llama el atún recién nacido. ¡Lo que faltaba!

Doy un repaso a todo lo que he pensado en las últimas horas. Al principio me vi convertido en arácnido y en serpiente. Luego mi cabeza se llenó de bóvidos, celentéreos e insectos y se rodeó de crustáceos, y ahora en lugar de un corazón, tengo un pez. Y no puedo evitar preguntarme qué más animales encerrará mi cuerpo.

Emprendo una inspección de mi cuerpo de arriba abajo. Contemplo mi tórax, aún poderoso, y es entonces cuando advierto que mi *pulmón* está lleno de *plumón*, como si de un pollito se tratara. Supongo que era esperable: hasta este momento no había encontrado ninguna ave. Sigo recorriéndome con la mirada: el abdomen, el pubis, el pene, los testículos. Cuando parece no habrá más sorpresas, descubro en cada *gónada* un rebaño de *ganado*. Ya no un animal, sino muchos. Veo mis piernas, en las que ya asoman algunas *varices*, y aprecio en su diseño una manada de *ciervas*. Alcanzo con la vista el pie, y en él no hay *tarsos*, sino una *ostra*. También debí haberlo supuesto: me faltaban los moluscos.

Me sigo mirando y apenas me reconozco. Yo, que lo ignoro casi todo sobre la zoología, me he convertido en un atlas de taxonomía animal. A decir verdad, ni siquiera cuando era estudiante llegué a comprender con claridad la vieja noción de que el desarrollo ontogenético es una recopilación del desarrollo filogenético. La idea de que, a medida que se va formando una criatura humana en el útero materno, sus formas sucesivas se asemejan a las de otros vertebrados cada vez más evolucionados, siempre me pareció un poco exótica, demasiado académica y, en el fondo, ociosa. Porque al nacer somos hombres y a quien más nos parecemos es a otros hombres. ¡Qué más da si en un momento dado nuestro envoltorio recordó al de una salamandra o al de una codorniz! Si eso sucedió, lo hemos superado. Es el triunfo de la evolución. ¡Es el triunfo del hombre! Al menos, eso es lo que solía creer...

Siento que pienso como hombre, pero mi cuerpo... En él sólo veo animal. Soy la enésima reencarnación de un hombre atrapado en su cuerpo. En mi cuerpo. Mi cuerpo. CUERPO...

Al entretenerme en la palabra *cuervo*, comienzo a percibir los pródromos del próximo anagrama. Miro fijamente las seis letras de este vocablo y sólo se mueven dos: la *c* y la *p*. Se alejan de la palabra, se cruzan y regresan a la palabra ocupando cada una la posición de la otra. Mi *cuervo* se ha transformado en *puerco*.

Tengo entonces la sensación de que esto ya lo he vivido antes. La relación entre el cuerpo y el puerco me asombra y me conmueve por su cálida familiaridad, y este *déjà vu*, más integral que sensorial, me provoca la evocación de un viejo refrán:

Abre un puerco y verás tu cuerpo.

Y es ahora cuando lo entiendo todo y me doy cuenta de que para este viaje no necesitábamos alforjas.

Notas

- ¹ El lector interesado en los juegos de palabras encontrará de suma utilidad dos libros recientes del ludolingüista catalán Màrius Serra: *Verbalia* [5] y *Verbalia.com* [6]. En ellos desmenuza de modo erudito, pero al mismo tiempo asequible, la historia y las posibilidades de los diferentes artificios lúdicos del lenguaje. Se trata de dos obras imprescindibles para todo hispanohablante que aspire a convertirse en un devorador de palabras, en un ser «verbívoro».
- ² No he incluido en este recuento los ocho adverbios de veinte letras terminados en *-mente* (*circunferencialmente, circunstancialmente, correspondientemente, desacostumbradamente, desvergonzadamente, fotolíticamente, litofotográficamente y metalingüísticamente*) por considerarlos de mérito ludolingüístico inferior.
- ³ Una pequeña curiosidad: Los símbolos de los elementos químicos se incorporaron al *DRAE* en la edición de 1970 [7]. Hasta la edición de 1992, se decía que el símbolo químico del oxígeno es O. Sin embargo, es bien sabido que en la naturaleza el oxígeno libre se encuentra en forma molecular, y que una molécula de oxígeno está integrada por dos átomos; su fórmula, en consecuencia, es O₂ y no O. Para la edición de 2001 se revisaron las definiciones correspondientes a los elementos químicos y se añadió la fórmula de numerosos compuestos, como el amoníaco, el metano o el alcohol etílico. Esta última edición ya distingue entre el elemento oxígeno, cuyo símbolo es O, y su forma molecular, que se expresa como O₂, y lo mismo sucede con el hidrógeno (H, H₂) y el nitrógeno (N, N₂).
- ⁴ En su *Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina* [8], Navarro comenta lo inadecuado del nombre *tomografía axial computarizada*, traducción literal del inglés *computerized axial tomography*. Aun siendo un nombre tan inapropiado, su acrónimo español TAC ha calado en nuestra sociedad. Irónicamente, ahora que todo el mundo asocia el TAC con una técnica diagnóstica, los textos especializados, y sólo ellos, parecen emplear cada vez con más frecuencia el acrónimo TC, calco del inglés CT, en el que se ha suprimido la inicial de *axial*. Resultaría aventurado tratar de adivinar ahora si nuestro idioma, que, a diferencia del inglés, es muy dado a convertir los acrónimos en palabras, tolerará bien el cambio. Decir *tac* es sencillo; veremos cuánto tarda la masa en acostumbrarse a decir *tecé*.
- ⁵ Lamento no poder proporcionar información más explícita sobre el librito en cuestión, pero en él no aparecen más datos que permitan identificar la obra, ni siquiera el año de publicación.
- ⁶ La expresión *propio opio* constituye un buen ejemplo de palabras con eco, figura lingüística en la que el sonido de un vocablo coincide de forma exacta con el final del vocablo que lo precede. Se trata de un artificio vistoso, que da lugar a composiciones de gran efecto sonoro: Mientras el paciente solicita cita, el científico busca una oscura cura para el fantasma asma y el curandero opina

que para las paperas, peras, para el catarro, tarro de miel, y para la úlcera, cera.

- ⁷ Hasta 1992, el *DRAE* incluía en la entrada correspondiente a *zóster* hasta dos formas prosódicas: primero la forma aguda *zóster*, que era la recomendada, y luego la forma llana *zóster*. En la edición de 2001 permanece sólo la segunda.
- ⁸ El *DRAE* recoge el adjetivo femenino *agarabatada*, con sus impresionantes seis *aes*, pero cuya relación con la medicina no resulta obvia, a no ser que pensemos en el soponcio que puede darle a una madre al descubrir que su hijito, todo un Picasso en potencia, ha cubierto las paredes del salón de casa con una decoración toda agarabatada.
- ⁹ Aunque durante décadas se ha defendido el dogma de la indivisibilidad de las neuronas maduras, algunos descubrimientos recientes hacen que se tambalee.
- ¹⁰ *Pie* es un término anatómico, y *pie* y *pié* son formas del verbo *piar*.
- ¹¹ En sentido estricto, *rucio* no es término sinónimo de burro u onagro. El *DRAE* le asigna tres acepciones, las tres relacionadas con colores. Aplicado a animales o personas, hace referencia al color pardo claro o canoso. Fue precisamente el color del pelaje el que llevó a Sancho Panza a llamar *Rucio* a su jumento, y desde entonces este adjetivo, convertido en nombre propio, ha servido para designar al burro universal.

Bibliografía citada

1. Gutiérrez Rodilla BM. La ciencia empieza en la palabra: Análisis e historia del lenguaje científico. Barcelona: Península; 1998; 108-180.
2. Real Academia Española. Diccionario de la lengua española (22.^a edición). Madrid: Espasa Calpe; 2001.
3. Real Academia Española. Diccionario de la lengua española (21.^a edición). Madrid: Espasa Calpe; 1992.
4. Carbajo V. <www.carbajo.net/palabras.html> [consulta: 17.12.2002].
5. Serra M. *Verbalia: Juegos de palabras y esfuerzos del ingenio literario*. Barcelona: Península; 2000.
6. Serra M. *Verbalia.com: Jugar, leer, tal vez escribir*. Barcelona: Península; 2001.
7. Real Academia Española. Diccionario de la lengua española (19.^a edición). Madrid: Espasa Calpe; 1970.
8. Navarro FA. *Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina*. Madrid: McGraw-Hill-Interamericana; 2000.
9. Gil-Delgado López JC. *El diccionario secreto de la tos*. [Fecha de publicación y editorial desconocidas.]
10. Real Academia Española. *Diccionario de autoridades* (vol. VI). Madrid: F. del Hierro; 1739.
11. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana* (10.^a edición). Madrid: M. Rivadeneyra; 1869.

